

Patrick Rosas

Un señor llamado
Joseph Hamilton

LHG



hespérides

PATRICK ROSAS

Un señor llamado Joseph Hamilton



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2023

© De los textos: Patrick Rosas

Madrid, enero 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-30-6
D. L.: M-28479-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

A Myria Ferretti, parce que c'était elle, parce que c'était moi
La obra de los ojos está hecha. Haz ahora la del corazón.

Rainer Maria Rilke

Ainsi, lecteur, je suis moi-même la matière de mon livre.

Michel de Montaigne

*Voici encore un de ces aveux sur lesquels je suis
sûr d'avance de l'incrédulité des lecteurs.*

Jean-Jacques Rousseau

Primer movimiento

Laslo Caligari se ha instalado en la terraza, en una tumbona plegable, protegido del temprano sol matinal por la sombra de una acacia. El árbol tiene la misma edad que la casa donde vive retirado, ocho o nueve años, y su copa frondosa supera ya el caballete del tejado de pizarras y la altura de los viejos manzanos del prado. Ayer concibió la idea de escribir sus... ¿memorias, (des)memorias, cuasi memorias?, y esta mañana se ha levantado con los gallos a fin de darle vueltas al proyecto en la cabeza bien despierta por el café del desayuno. El paisaje campestre estimulará esta reflexión, se dice. Su proyecto ha ido variando a medida que compulsaba sus diferentes posibilidades narrativas, entre las cuales se ha filtrado una nueva, la de darle la forma de una novela, más maleable. La escritura de la novela no reposa exclusivamente en el recuerdo, su forma narrativa admite, sin romperse, géneros disímiles. Y acaso sea la más adaptada a su propia manera de pensar por escrito. Puesto que un proyecto literario debe tener un eje, Laslo se dice que, antes de la caída del sol, deberá encontrar uno al suyo, sea cual sea la estructura definitiva que adopte: autobiografía, memorias o novela, da lo mismo. Dejándose llevar por los recuerdos —alimento de su reflexión—, se pregunta ahora si este eje no podría ser el período de su existencia cerrado una mañana en Otrora, hace ya medio siglo. Poco le faltó a aquel Laslo para que se hundiese sin remedio en la desesperación, profundo pozo. A partir de ese día su vida nunca ha vuelto a ser la misma. Grabar estos recuerdos en la página sería como vivirlos

otra vez. Y Caligari podrá, dejándose llevar por la fantasía, ya no solo vivirlos de nuevo; vivir otra cosa, habitar otro pasado.

¿No es ficción toda existencia? ¿Cuánto de lo recordado por una persona es verificable?, ¿cuánto le aconteció realmente y no lo han contaminado y modificado el tiempo, el amor propio, las conversaciones sobre el tema, el presente? Toda realidad es ficción.

Caligari se incorpora en la tumbona doblando los brazos para desperezarse luego de esta primera reflexión sobre su proyecto y, divertido, observa, en el pastizal del vecino, a una corneja que recorre el espacio entre vacas y becerros como un ganadero que examinara sus reses en la dehesa, satisfecho. Si la corneja hiciera un balance de su vida, ¿el resultado sería positivo?, ¿qué espera una corneja de la vida?, en el umbral de la muerte, ¿sabe siquiera si ha vivido? Él no se pregunta si esta corneja es hembra o macho, si es la misma de todos los días o si todos los días una corneja distinta recorre estos campos, las alas pegadas al cuerpo, examinándolos con la mirada codiciosa de un ganadero. Se ha vuelto a recostar en la tumbona, los ojos cerrados, la boca entreabierta, el mentón ligeramente avanzado. Su divagación, de nuevo a la obra, lo está llevando a una mañana de finales de otoño —¿o ya de invierno?: viste un gabán de paño azul, de estilo marinero—, hace varios decenios, en una ciudad meridional si se compara su longitud con la de París. Había tomado un tren nocturno en la Gare de Lyon.

El expreso internacional ha hecho dos o tres paradas antes de llegar a destino diez, once horas más tarde. Son las 8:46 de la mañana y Laslo tiene las articulaciones entumecidas. Se ha levantado al inmovilizarse el tren en el andén y baja su mochila de la rejilla de metal instalada a todo lo ancho del compartimiento, sobre el asiento forrado con *escay*. Bosteza al atrapar la mochila por el asa de cuero acolchado. Los otros dos pasajeros, un hombre y una mujer —una pareja de sexagenarios—, habían echado una mirada de reojo a su pasaporte cuando el tren cruzó la frontera. Solo va a pasar un fin de semana en Reggio nell'Emilia, no necesita mucho equipaje. ¿La reconocerá? ¿Lo reco-

nocerá? En solo trece años, a su edad —ella es un año menor que él, Tauro también—, no deben de haber cambiado mucho de apariencia. Pueden haber engordado un poco. Él no más de tres kilos, se toca la cintura, todavía territorio libre de lorzas. ¿Ella? Ya lo sabrá cuando la vea. La recuerda rubia —de un rubio veneciano—, ojos del color de la uva moscatel, nariz y boca bien proporcionadas en un rostro redondo, algo oriental, hombros anchos, seno generoso como el de *La Madonna allattante* de Tintoretto —tenía una reproducción de este cuadro en la salita de su departamento—, nalgas introvertidas —no daban la talla en su duelo desigual con el busto exuberante—, piel siempre dorada por rayos que no podían ser, siempre, los rayos del sol. Con tacones aguja, Myria Ferretti le llegaba a las cejas.

Laslo no oculta su cansancio al bajar por la escalinata del tren, podrá servirle de escudo en caso de incomodidad o de fastidio. Los trece años transcurridos habrán eliminado entre él y ella toda familiaridad. Son hoy dos extraños, o poco más, que van a reencontrarse en la *stazione termini* de Reggio nell'Emilia, ciudad natal de ella. Llevaré una rosa en la solapa, bromeó cuando se hablaron por teléfono a mitad de semana para confirmar la fecha y la hora de su llegada. Él, balanceándose en el sillón giratorio de su despacho —trabajaba de lunes a viernes en una agencia de noticias—, saboreó su voz algo velada, como si el cuerpo de ella acabara de darse una ducha caliente y a su voz la hubiese humedecido el vapor. Muchas italianas tienen este timbre. La imaginó desfigurada por un incendio —fumaba en la cama—, un accidente de tráfico —manejaba en estado de ebriedad— o por una vida de depravación, alcohol y drogas. Por eso sería que lo llamaba después de tanto tiempo, luego de haberle escrito una breve misiva suponiéndolo en Otrora, misiva que su madre (de Laslo) le reexpidió a París. Necesitaría una tabla de salvación. Y él un motivo escabroso que explicara el súbito deseo de ella de volverlo a ver.

La perspectiva de reencontrarse le ha despertado en el tren esperanzas de reanudar con nuevos lazos su malograda historia de amor.

Jutta-Ingrid, su voluble compañera sentimental, rodaba una película en la lejana Tailandia. Un aficionado a los horóscopos diría que la alineación planetaria les es favorable esta mañana nublada en que Laslo pone los pies en Reggio. Myria había vuelto allí con su familia al jubilarse su padre, ingeniero jefe de los Molinos de Otrora. Gran parte de los fideos, de toda forma y calibre —y colores, cuando se introdujeron los sabores a sepia, zanahoria, albahaca, cacao—, consumidos en el vi-reinado salían de las máquinas concebidas en la fábrica dirigida por él.

Laslo, dijo. Fredo Pipa —se había comprado una colección de pipas para, sin necesidad de escribir, afirmar su vocación de escritor, de ahí el apodo— los estaba presentando, una noche de juerga, en la playa bautizada por Caligari para los efectos de esta historia con el nombre de Omaha Beach. Ha visitado no hace mucho las playas del Desembarco. Myria, dijo ella sonriendo, midiéndolo, un mohín de sus labios jugosos diciéndole me gustas. Él retribuyó su coqueteo, por vanidad, y para amaestrar su timidez, inclinando la cabeza y alzando las cejas sin dejar de mirarla, gesto que, sin comprometer de manera alguna, insinúa más de lo que afirma. No sabe, al darle un beso en la mejilla cuando ella le acerca la suya, si se siente atraído por Myria más allá de la curiosidad provocada por su presencia en esas arenas movedizas donde sus pies se hundían juntos, frente a frente. Es un joven bien parecido, alto para Otrora, de manos largas y finas, vientre liso y, en esa época, lampiño, rostro dulce y díscolo a la vez, mirada melancólica e irónica. Hacía dos semanas había regresado de Europa. Se le nota en la indumentaria: Pataugas con suelas de pasta de caucho dentado, nadie usaba botines así en Otrora; camisa floreada, multicolor; el pelo en cascada sobre los hombros. Y también en la manera de gesticular y de introducir galicismos en sus referencias a Mayo del 68. Este tema lo ha introducido él esta noche en una conversación hasta entonces difusa al comprender el partido que puede sacar de los sucesos. Sazona el relato mencionando sus propias hazañas en las protestas, llamadas por él Revolución. Con R mayúscula, supone Myria, atraída por su soltura

al relatar los hechos, muy recientes. Laslo no cambia de registro vocal al desplegar su repertorio. Evita las hipérboles. Busca de esta manera, quizás, acentuar su veracidad. Puede asimismo estar actuando con prudencia. Ella, por ser italiana, puede estar mejor informada que los demás de estas protestas de otro mundo.

El eco del Mayo francés ha resonado, débilmente, no pedir peras al olmo, en el campus de la universidad pública Pulgarcito I —donde estudia el grupo reunido en Omaha Beach—, probando, y falta hacía, que no todo el territorio del virreinato de Otrora se encuentra en la Luna. *CRS/SS!*, *Nous sommes tous des juifs allemands!*, *Ce n'est qu'un début, continuons le combat!*, Laslo muestra el puño cerrado al cielo indiferente que despliega sus sombras espesas sobre la playa de arena. Convertir el puño en martillo es el único recurso teatral que se permite utilizar en este improvisado anfiteatro arrullado por el murmullo del mar. Su público, enmudecido, sentado en la postura del loto, formando un círculo, no se atreve a parpadear. Myria lo observa con fervor y algo más. Y es ese misterioso algo más transmitido por la llama fría de su mirada lo que lo mueve hacia esta desconocida. Laslo ha sido presentado a algunos miembros del grupo en Nochevieja, no hace una semana. Festejaron el año nuevo en un departamento del centro, medio vacío. En uno de los muros de la sala alguien había pintado un POEMA PARA SOSTENER UNA PARED, acaso manifestando su preocupación por el estado de la vivienda. ¿Cómo saberlo?, no recuerda ninguno de los cuatro o cinco versos, no más de seis, que lo componían. Su autor los había escrito con un rotulador rojo en la pintura blanca, los colores patrios. Quizás escondiera una referencia críptica a la fragilidad identitaria de Otrora, sumida en sus eternas divisiones, sus cobardías, sus odios y sus intrigas, sus corruptelas sin fin. ¿La última? Caligari hace memoria. Sí, la entrega, soborno millonario de por medio, de unas fabulosas minas de oro a un consorcio americano que iba a explotarlas a cambio de ridículas regalías. El escándalo abrió las puertas del Palacio virreinal a los militares, contentos de poder derribar a la vicemonar-

quía. Iban a realizar, en muy poco tiempo, su sueño de acaparar todos los engranajes del poder amparándose en la euforia popular consecutiva a las primeras reformas decretadas por ellos. Los milicos les dieron el nombre de «Proceso revolucionario de nuevo tipo, equidistante del capitalismo y del comunismo». Su régimen caería, corroído desde dentro, por su propio peso, años después. Pulgarcito IV, embarcándose, sin hacerse de rogar, en un avión de la King Solomon's Mining Corp., expropiada por los militares en beneficio propio, volvería de la emigración, ni corto ni perezoso, para ceñirse de nuevo la deslucida corona... No olvidemos la pared: o con un poema tan corto bastaba para sostenerla o su autor había perdido toda esperanza de que pudiera mantenerse en pie y lo concibió a modo de plegaria. El muro era sólido; el edificio, de concreto, era de construcción reciente.

Laslo busca a Myria con la mirada mientras avanza sin apresurarse hacia el recibidor de la terminal. Se halla medio confundido por los anuncios de los altavoces, el ruido de los trenes, el trasiego de equipajes. Los jugadores de un equipo de fútbol pasan junto a él vestidos con buzos amarillos. Uno lo embiste por accidente y provoca la caída de su mochila: una vieja mochila caqui, de *boy-scout*. Laslo la tenía cogida por el asa a media pierna. *Scusi*, se disculpa el futbolista. Al recoger la mochila del suelo, Laslo no piensa en su contenido: una muda de ropa, efectos personales y un regalo para ella. Myria se ha separado del grupo y se acerca de nuevo a la orilla del mar. Fredo la ha seguido. Niña, no juegues con mis sentimientos, babea, son puros y sinceros. Déjame en paz, dice ella esquivando sus manos. Con Manito no tuviste los mismos escrúpulos, replica Fredo. Alguien del grupo le ha advertido, inflamando su orgullo, estás perdiendo tu tiempo, Myria no es para ti, le parece cursi. La resaca, al refluir, arrastra yuyos y conchas.

En su tumbona, Caligari se enfrenta ahora a un abejorro —un bello espécimen, si se puede concebir belleza en este tipo de bicho— que amenaza su meditación. Actúa con presteza, estrellando en el cuerpo peludo y negro, atravesado por bandas amarillas, una de sus

hawaiianas. El insecto muere aplastado en los tablones de la terraza y él, sirviéndose de la chancla, lo desplaza hacia el borde y lo precipita en el césped sin levantarse de su asiento. Los demás se ajetrean en la arena. Todos, cinco o seis —¿alguna chica más?, ¿Patty Milhench acompañada de su inseparable mellizo Paddy?, rumores de incesto los perseguían y mantenían ocupados a Fredo y sus compinches en sus largos momentos de ocio—, hacen circular una botella de Bacardí. Y otra de Coca-Cola, para quienes no gustan del ron puro. Se debe, creen ellos, desarreglar los sentidos a la manera rimbaudiana, quieren ser absolutamente modernos. Todos beben del pico de la botella. Fredo la limpia, haciendo ascos, con la palma de la mano, antes de llevarla a los labios, los ojos fruncidos, las aletas de la nariz dilatadas. Manito von Nadir —empleó este seudónimo al publicar sus primeros poemas, quería disimularse detrás de este nombre exótico; con el tiempo, reemplazó a su nombre propio y era el que figuraba en su pasaporte y su documento de identidad cuando lo expulsaron de Otrora— escoge un 45 rpm de una pila de discos posada sobre una toalla de felpa roja. Coloca *The Sounds of Silence* en el rotor del tocadiscos de pilas posado sobre un cajón de madera trasladado a la orilla del mar para servirle de soporte.

Laslo le da alcance, allí, apoyada en una de las columnas de hierro que sostienen el tejado de vidrio de la *stazione termini*, esperándolo. No avanza hacia él cuando Caligari, acostado en la tumbona, extiende los brazos, las manos abiertas, quiere enlazar las suyas y no va a ser posible, un rayo de sol lo ha deslumbrado al aparecer entre dos nubes empujadas hacia el oeste por el viento que también remueve las hojas de los manzanos haciendo caer las primeras manzanas para sidra, pequeñas y ácidas. Dentro de dos semanas, quizás menos, habrá de empezar a recogerlas. Es una tarea ingrata, y no le da muchos réditos. Debe introducir las manzanas en grandes costales de plástico que luego vaciará en el bosquecillo situado al otro lado de la rúa o en el vertedero municipal si consigue vencer su pereza para estas cosas y,

enganchando el remolque al Hyundai, poner rumbo al basural. Las dispersará en medio de los árboles formando montones no muy altos para que no se destaquen en la espesura si solo cruza la rúa. El propietario del bosquecillo, de aparecer, podría reprocharle estar usándolo para descargar en él sus manzanas. Solo una pequeña parte la destina Caligari al compost. En grandes cantidades, las manzanas, muy ácidas, lo perjudicarían. Su compostera está en uno de los extremos del jardín, junto al prado donde las vacas del vecino van a pastar todas las tardes, salvo si hace mucho frío, en pleno invierno, y son encerradas en sus corrales, situados en una granja cercana. Caligari sigue de cerca el proceso de producción del compost, interesado por la manera en que los desechos domésticos se descomponen y, superada la fase de putrefacción —la materia no se destruye, solo se transforma—, acaban formando un mantillo de color y textura parecidos al del café pasado que queda en el filtro de papel de la cafetera. La piel de las frutas, las cáscaras de huevo, las hojas secas de los árboles, el pasto, flores marchitas, superpuestos, removidos de tanto en tanto para oxigenarlos, se convierten en una sola y misma cosa al ser regenerados, y, devueltos a la tierra, la nutren como el humus. Es el ciclo eterno de la renovación: morir para volver en otra forma. A él le ocurría lo mismo con el amor: muerto, se convertía en un humus que alimentaba la imaginación, y esta, así nutrida, engendraba un nuevo sentimiento amoroso en ausencia del objeto que dio origen a ese amor, y del amor mismo, ya muerto. Es a la memoria del que sintió por Myria que Caligari consagrará estas páginas si algún día, encarnándose en palabras, llegaran a escribirse y formularan entre líneas la pregunta, ¿Myria, por qué?, que se ha hecho todos estos años.